

Capítulo II

A través del Océano.

El 21 de Setiembre comenzó la calma.

Las tres carabelas estaban á muy poca distancia unas de otras.

La tierra que creían próxima estaba aún muy lejos.

El descontento fué mayor que nunca.

—¿En dónde nos hemos metido,—decían unos.

—¡Hemos llegado á un sitio del que no podremos salir á no ser para morir en el fondo del mar!

—Las olas nos combaten por todas partes, pero unas nos empujan y otras nos rechazan.

—¡En mal hora hemos salido de Palos!

—Más nos hubiera valido morir á manos del verdugo,—decían los que se hallaban disfrutando de la vida por haberse alistado en la expedición.

Las murmuraciones se aumentaban.

Las provisiones empezaban á escasear, y era tan grande el mal humor de todos, que hasta encontraban detestables los alimentos que los dias anteriores les habian parecido muy buenos.

Colon veía formarse la tempestad, no sobre su cabeza, sino bajo sus piés, que era peor todavía, y evitaba la presencia de los marineros, por temor de que su voz no fuese entonces tan elocuente como habia sido ántes.

Afortunadamente á la caída de la tarde sopló un poco el Oeste, y las naves anduvieron un buen trecho, descubriendo los navegantes una gran cantidad de yerba muy compacta.

Un poco más léjos hallaron un delfin, y esto les tranquilizó algo, porque era señal de que estaban cerca de tierra.

Las carabelas se hallaban á cuatro leguas de distancia de las rompientes que antes he mencionado.

Al dia siguiente volvieron á experimentar calma, y los murmuradores se atrevieron á acercarse á Colon.

—Más nos valdria, almirante,—le dijeron—renunciar á las riquezas y á los honores que nos han traído hasta aquí y volvernos á España.

Antes de que Colon les respondiese,

—Es inútil vuestro deseo,—contestó Rascon,—hemos llegado á un punto donde no hallaremos nunca viento favorable para volver á nuestra pátria.

—No quiero ni acordarme de que os he oído ha-

blar de ese modo,—dijo Colon;—¿sois vosotros marinos, hombres de corazón, los que os atreveis á venir hasta mí con la pusilanimidad de las mujeres, deseosos de retroceder? ¿No es mejor morir con gloria que perecer como cobardes? ¿Qué dirían de vosotros los que os han visto partir quedándose en la playa avergonzados porque con vuestra bravura oscurecíais el día? Yo por mi parte prefiero sucumbir como un héroe.

Estas palabras contuvieron el vehemente deseo de retroceder que se había apoderado de los navegantes.

Al anochecer volvió á soplar el viento y renació en el pecho de todos la esperanza de hallar pronto tierra, porque vieron alcatraces y algunas otras aves blancas de río, y hasta una tórtola.

Las yerbas que encontraban eran muchas, y hallaban entre ellas cangrejos.

Sin embargo, todavía murmuraban los descontentos, todavía decían que jamás habría viento bastante para que las naves pudieran tomar rumbo hácia el punto de donde habían venido ni para proseguir adelante.

Como si la naturaleza hubiera querido ayudar á Colon, el mar se animó de pronto de tal modo que las embarcaciones salieron de aquella especie de atolladero, caminando con extraordinaria rapidez.

El 25 de Setiembre pasó Martín Alonso Pinzón, capitán de la *Pinta* á la carabela de Colon.

Pinzón había estudiado un mapa, que le había da-

do el almirante, en el que había marcado algunas islas, y Pinzón creía que se hallaban en ellas.

Este mapa, delineado por el ilustre genovés, era una copia del que en 1474 había llevado á Lisboa Pablo Toscanelli, médico florentino, y célebre astrónomo de su tiempo.

Comprendía desde el Norte de la Irlanda hasta el confín de la Guinea, con todas las islas que había hallado en su viaje, y hácia el Occidente representaba el principio de la India, con las islas y lugares por donde se podría andar.

Colon vió este mapa, y las relaciones de los viajeros que había leído, le confirmaron con la idea de hallar por el Occidente la misma India á donde Marco Polo había ido por la parte oriental.

Los dos marinos conversaron sobre esto, indicando Pinzón que el mapa era imperfecto, y defendiendo el almirante su exactitud.

Volvió Martín Alonso Pinzón á su carabela, y apenas comenzaba á penerse el sol, subiéndose en la popa de su nave, con inmensa alegría llamó al almirante; dándole albricias porque veía tierra.

Aquella magnética palabra resonó en el corazón de todos, y hasta el del mismo Colon, el cual, postrándose de hinojos al mismo tiempo que los suyos, mientras que en la carabela de Martín Alonso entonaban el *Gloria in excelsis Deo*, dió gracias al Altísimo.

Los de la *Niña* subieron sobre el mástil y las jarcias, y afirmaron que lo que les parecía tierra, lo era en efecto.

Por la noche dispuso el almirante que dejasen el rumbo del Oeste para tomar el del Sudoeste, por donde se divisaba tierra.

Los marineros alborozados se arrojaron al mar á nado, vieron muchos dorados y otros peces, y volvieron á las carabelas ébrios de alegría.

Pero su desaliento fué grande cuando al día siguiente notaron que lo que les habia parecido tierra era cielo, y que el mar, á la altura en que se hallaban, parecia un rio acariciado por auras suaves que no tenian bastante fuerza para impulsar á las naves.

El desencanto produjo en todos una inmensa prostracion.

No se atrevian á murmurar, porque en el fondo de su alma todos tenian la seguridad de que sólo una muerte oscura y desastrosa les aguardaba.

Dos dias despues de aquel contratiempo, se animaron un poco viendo á un ave llamada *rabi forcado*, ave enemiga irreconciliable de los alcatraces, su constante perseguidora, que no se aparta nunca á gran distancia de la tierra.

Entónces, y aun hoy todavía, hay muchas de estas en la isla de Cabo Verde.

Aquel pájaro era un indicio seguro de que no estaban muy lejos de la tierra que con tanto afan ambicionaban.

El 1.º de octubre habian andado setecientas siete leguas más. Colon avanzó cuarenta y siete leguas más, y el día 4 del mismo vió muchas párdelas, y yerba fresca con algunos frutos.

Convocando en su carabela á los capitanes de las otras dos, y reuniendo en torno suyo á los pilotos y á aquellos de los navegantes que no necesitaban prestar servicios en los bosques:

—Seguro estoy,—les dijo,—de que nos hallamos á muy corta distancia de la tierra. A la altura en que estamos podremos encontrar no una sola, sino varias islas dónde guarecernos. ¿Pero qué adelantariamos con eso? Hemos venido á buscar el derrotero de las Indias; hemos venido á buscar un nuevo mundo, que en mi concepto existe, y necesitamos tener bastante energía, bastante abnegacion para renunciar al pueril placer de sentar nuestra planta sobre la tierra y seguir adelante, porque no tengo la menor duda de que nos acercamos á la realizacion de mis proyectos.

Os he llamado para comunicaros mi esperanza, que es casi una seguridad, para comunicaros la fé que yo tengo en la empresa.

Estas elocuentes palabras no produjeron el efecto que otras veces.

Los marineros y los pilotos se conformaron por que no tenian otro remedio.

Martin Alonso y su hermano, el capitan de la *Niña*, no estaba tan desanimados como sus compañeros.

Pero engreido el primero con sus conocimientos científicos, empezaba á considerar á Colon con ménos indulgencia.

Sin ir más léjos dos dias despues del en que Colon

convocó á los navegantes en torno suyo, manifestóle Martín Alonso que debían navegar á la cuarta del Oeste.

Pero no viendo el ilustre genovés en esta indicación más que el deseo de encontrar pronto tierra, aunque fuera únicamente una isla, le desoyó por completo, manifestándole con entereza que primero necesitaban encontrar tierra firme.

—Las islas ya las hallaremos,—añadió.

Los reyes al disponer la expedición, habían anunciado que concederían una pensión de treinta escudos al primero que descubriese tierra, y cuando al desaliento sucedía el entusiasmo en el corazón de los marinos, se esforzaban los de las carabelas en avanzar, para obtener el premio.

El día 7 de octubre, la *Niña* que era muy velera se adelantó á las otras dos carabelas.

Poco después de amanecer levantaron sus tripulantes una bandera en el tope del mástil, y tiraron una lombarda.

Estas dos señales conmovieron profundamente á los navegantes.

—¡Han visto tierra, han visto tierra!—gritaron los de la *Pinta* y la *Santa María*.

Y se asomaron á los galerías, y se subieron á los palos para ver si divisaban la tierra que les parecía habían visto sus compañeros.

Pero habían partido muy de ligero los de la *Niña*, porque después de andar todo el día hacia el punto donde les había parecido ver tierra, á la caída de la

tarde se encontraron con que á pesar de haber andado más de veintiocho leguas, no realizaban sus esperanzas.

Como todos los marineros deseaban el premio ofrecido por los reyes, á cada instante daban el grito de tierra.

Para terminar estas falsas alarmas, fuente de continuos desengaños, dispuso Colon que si alguno daba la noticia y no se descubría tierra en los tres días posteriores al anuncio, perdiese todo derecho al premio.

Pero observaron otro indicio de tierra más convincente que los que hasta entonces habían hallado.

Por encima de los barcos pasaban desde el Norte al Sudoeste multitud de aves que iban á dormir en tierra.

Calculando la hora de la noche, pensó Colon que no debía estar á mucha distancia el sitio de reposo de aquellos pájaros.

Siguiendo el camino que le trazaban las aves, no tardó en hallarse en un espacio que más que mar, parecía río.

Aires suaves, templados y olorosos, acariciaban las velas de las naos.

La yerba que arrastraba el agua era muy fresca, y vieron muchos pájaros del campo, algunas ánades, y no pocos alcatraces.

Pasaron tres días, en los cuales recorrieron más de cien leguas, con la particularidad de que al segun-

do día se cambió el viento, tomando las proporciones de un verdadero temporal.

Colon habia dispuesto que al amanecer y al anocheecer se reunieran las carabelas todo lo más posible.

Al final del tercer día, despues de tantas esperanzas frustradas, la indignacion de los marineros llegó á tomar un carácter alarmante.

Todos rompieron en bulliciosa turbulencia.

—Esto es desafiar las iras del destino,—decian unos.

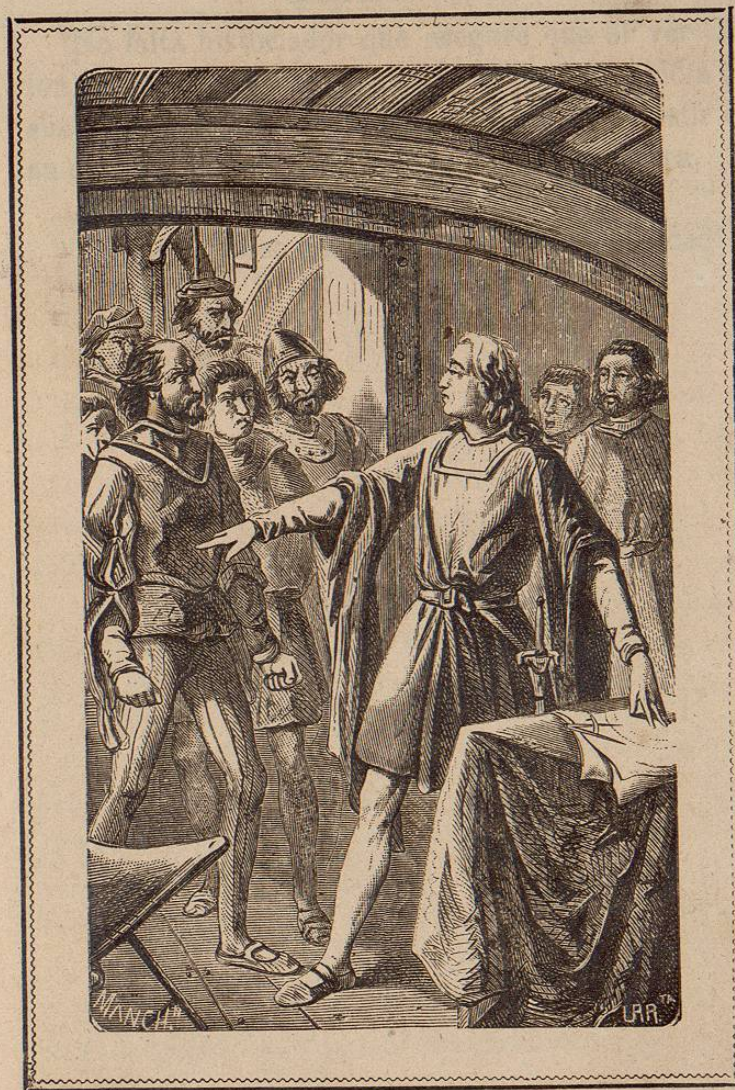
—Bogar por una inmensidad de agua sin límites,—añadian otros.

Y todos á una, lo mismo los de la *Pinta*, la *Niña* y la *Santa María*, manifestaban abiertamente deseo de renunciar al viaje como cosa perdida, y desandar el camino que habian andado.

Colon trató de pacificarlos con palabras afables y promesas de encontrar próxima tierra.

Pero al ver que sus palabras no tenian influencia entre aquellas gentes; al ver que los Pinzones, ofendidos en su amor propio porque no habia seguido sus consejos, parecian ponerse del lado de los rebeldes, tomando una actitud enérgica, y jugando el todo por el todo.

—Es inútil murmurar,—exclamó con decidido acento.—La expedicion ha sido preparada por los reyes para buscar las Indias, y por nada del mundo retrocederé hasta que, con el favor de Dios, lleve á cabo la empresa que he acometido.



CRISTÓBAL COLON -...dice á los marineros amotinados:

—Es inútil murmurar, por nada del mundo retrocederé.